

asiste a las películas que terminan bien y se complace, engañándose a sí mismo, con las mentiras que los traficantes de la pantalla fabrican para llenar su teatro, no puede aceptar sus conclusiones ni su técnica. Lo encontrará desquiciador y amargo, porque es acre como el sabor de la verdad. *Un ragout fortement épicé*, como lo exigía Zola a los novelistas de su tiempo, en su famoso manifiesto.

Pero no es esto todo. Hay en Céline un escritor de raza y como tal, ha encontrado para narrar la vida de Bardamu el lenguaje adecuado. Conoce el vocabulario popular y está empapado de él. Hay errores, crudezas del peor gusto al lado de escenas delicadas y de profunda emoción humana, pero Céline es joven. Su técnica tiene que evolucionar aún y encontrar los medios que le convengan. No es poco haber hecho un libro original en una época en que la retórica y el mercantilismo predominan en literatura.

Drieu La Rochelle, crítico de la R. N. F., se complace en determinar la calidad típicamente francesa del genio de Céline. Según él, ingenuamente Céline ha vuelto a beber en las eternas fuentes del espíritu de Francia, sin contaminarse con los géneros a la moda.

Es un moralizador egocentrista, de la línea de Montaigne, y de Rabelais. Como aquéllos, este francés del siglo XX llama las cosas por su nombre, sin hipocresías ni tapujos. Es eminentemente especulativo. No hay en él notas de color, sensaciones visuales. De Africa

y de América, no aparecen descripciones en *este viaje al corazón de la noche*, sino atmósferas morales, cuya alma es el propio autor. A los hechos, exprime Céline su jugo humano. Sin el hombre, aquellos medios nada serían. Es por el hombre que tienen personalidad y carácter, que significan algo, bueno o malo.—*Mariano Latorre.*

LA CIUDAD ROJA (Novela proletaria), por *José Mancisidor.*

El autor de *La Asonada*, obra que le consagrara entre los buenos prosistas de su patria y de América, da en este su segundo libro una nota viva y trágica de las enconadas luchas sociales en México.

Como en toda obra cuyo fin primordial es la defensa de las clases desvalidas, hay en ella páginas declamatorias que perjudican su calidad literaria, sin añadir razonamientos nuevos en beneficio de la causa generosa que sustenta el autor.

Claro es que están en *La Ciudad Roja* (1) muchas de las admirables cualidades de novelista que demostrara Mancisidor en su primera novela. Riqueza y novedad de estilo, descripciones rápidas y precisas, y una maestría no común en la adjetivación. Y además de todo esto, un fuerte soplo de humanidad que satura las páginas del libro. Pero el personaje central se desvanece en ocasiones para volver a mostrarse, desvahido y titubeante, entre los arresos revolucionarios del novelista.

Seguimos creyendo que la novela

(1) Ediciones Integrales. Jalapa. México, 1932.

no puede convertirse en prédica des-
embozada de doctrinas. Invade con
ello campos ajenos—el ensayo, el
artículo de prensa, la conferencia,
el panfleto—y pierde en belleza, sin
lograr añadir refuerzos estimables a
las campañas políticas o sociales de
su autor.

Grandes novelistas de todas las
épocas y de todos los pueblos tuvie-
ron influencia bien decisiva en el
desarrollo de la sociedad humana,
agitando su evolución por caminos
de justicia y de solidaridad. Pero no
fueron propagandistas. Se limitaron
a pintar el doloroso medio en que
actuaban sus personajes angustia-
dos, y el fuerte dolor del relato tuvo
mayor influencia que todos los dis-
cursos chillones con que ahora se
pintarrajean los mítines de arrabal.

José Mancisidor se debe a las le-
tras americanas tanto o más que a
las luchas sociales de su patria. Cau-
sas diversas como son, no pueden
confundirse en ellas los afanes del
autor sin que tenga desmedro el no-
velista y no gane gran cosa el hom-
bre de lucha que hay en él.

No se crea, por lo dicho, que la
Ciudad Roja es novela despreciable.
Pero es inferior a *La Asonada*, que
ya aplaudiéramos sin reservas en
estas mismas páginas.

HOMBRES.—Cuentos de *Juan José
Morosoli*.

Este poeta uruguayo, poeta en el
soleado rincón de Minas, tiene ga-
nado un nombre en la lírica de su
patria. Su libro *Los Juegos*, apareci-
do hace tres o cuatro años, mostró

la riqueza de su temperamento poé-
tico.

Nos da ahora un bello libro de
cuentos criollos, de estilo bien per-
sonal, de trama sencillísima, y en
que la visión del campo uruguayo
no tiene el marco vanguardista que
suelen colocarle los escritores a la
moda. Sencillez, naturalidad de pu-
pila y de expresión, he ahí las dos
cualidades máximas de este nuevo
cuentista americano.

Para que se aprecie la maestría
de sus descripciones, cogemos una,
al azar: «La noche está de helada.
Parece de vidrio. Un vidrio que se
hubiera apretado sobre los árboles,
los cerros, los animales. Un silbido
hubiera ido quien sabe dónde, como
un alambre, haciendo un agujerito
en la noche. En las aguadas las estre-
llas parecían estar en el fondo, sur-
gidas de allí, no reflejadas. Cuando
volaba algún teru teru se veía clari-
to como si fuera un recorte espeso.
Llevábamos las piernas envaradas de
frío. Los ruidos del sulqui iban a so-
nar lejos, y luego un rebote del eco
los traía claros. «El Correo» sacó
la botella de la «mimosa» y le pren-
dió un beso como de madre».

Entre todos los cuentos de *Hom-
bres* (1), nos parece *Las cortas de
maíz* el más logrado, el de contornos
más firmes y de sentido más uni-
versal en su regionalismo.

Primera obra en prosa de Moroso-
li, este volumen gana para su autor
el título muy justo de cuentista. A
sus indiscutibles blasones de poeta
hay que sumar desde ahora sus mé-
ritos de prosador.—C. P. S.

(1) Imprenta de Ramón Trelles. Mi-
nas. Uruguay.